

IV.

Á M. S. D. G. P. (1).

Ya por tercera vez Abril pomposo
Cubre con verde manto las campiñas,
Y Flora con sus dones, sin que tengan
Alivio ni esperanza mis desdichas.
Sólo en mi queda el bien, que nunca, nunca
Arrancarme podrá la tiranía
De un alma libre y pura: tal tesoro
Que el justo aprecia, y que la vil malicia
Burla orgullosa en su sangriento triunfo,
Mis ayes templa, mi pesar suaviza.
Sí, amiga, mi alma es libre: allí no alcanza
Del opresor la saña, ni domina
De infiel soldado el mercenario acero,
De juez venal la lengua corrompida,
Traidor halago de opulento esclavo,
Vano terror de infame hipocresía.
Ella en recreo mi prision convierte;
Ella mi padecer trueca en delicias;
Ella también, al áspero sonido
Que, incesante, mi oído martiriza,
De martillos, cadenas, grillos, yunque,
Su horror ahuyenta y su dureza quita.
Ella el escaso y misero alimento
Con que sostengo la causada vida,
Vuelve en manjar sabroso, sin que pueda
Del magnate envidiar la mesa opima.
Ella mis soledades acompaña,
Y de ella espero aliento, si algún día
Se embravece la suerte, y es forzoso
Tender el cuello á la servil cuchilla.

Mas ¡ay! que al fin soy hombre, soy sensible,
Y mil tristes ideas atosigan
El espíritu á ratos; pues si dócil
A sus propias desgracias se resigna,
Desmaya, cae, sucumbe, repasando
Los perdidos desvelos, las fatigas
Con que los padres de la incauta España
Darla esplendor y libertad querían.
Y ¡qué pecho de bronce no se aflige,
Qué ojos habrá que el llanto no derrita,
Qué estóico corazón no se estremece,
Qué cabello en la frente no se eriza,
Cuando la acerba reflexion asalta
Qué es hoy la España, y lo que ser podría?
Sábida, apacible, respetada, fuerte,
De amigos protectora; sostenida
En el cimiento de las leyes justas
Mi engañado deseo me la pinta....
Y luégo.... ¡oh Dios!.... ¡qué veol....
Abre furiosa sus entrañas mismas.
¡Qué ciego frenesil! ¡contra quién vuelves
Tu infernal rabia? ¡Quién te precipita
A clamar por la gótica cadena?
¡Quién de tu propio bien te hace enemiga?
¡Cómo contemplas con sereno rostro
Los negros calabozos en que abisma
La tiranía á tu senado angusto?
¡Qué te aprovecha, si esforzada evitas
Del verdugo de Córcega el azote,
Si siempre fué tu afán vivir cautiva?
¡Desventurada España!.... En vano vuelves
Al bien perdido la turbada vista,
Y tu cadena muerdes; pues redobla
Su duro peso tu inquietud tardía:
Tal la robusta fiera, que en las selvas
Libre vagaba, si su cuello liga
Al fuerte lazo, que atrevida mano
Del cazador armó; por más que en ira
Ardiendo ruga, y el desierto aterra,

(1) Entre algunas copias de poesías conocidas de SANCHEZ BARBERO, hechas de mano de su amigo el doctor don Pedro Antonio Márquez, se halla la presente elegía. Esta circunstancia, unida á la de hallarse estas copias entre los manuscritos poéticos de SANCHEZ BARBERO que tuvo la bondad de franquearnos su malogrado pariente el señor don Julian Sanchez Ruano, nos parece fundado indicio de que esta obra, que no conocíamos, sea parto del célebre humanista salmantino. Por eso no titubamos en dárla á la estampa en este lugar. (Nota del Colec. or.)

Más estrecha el dogal que la asesina.
Así la patria á veces contemplando,
Miro en su seno: luégo se desvía
Mi mente á meditar que su potencia
Padece en lo exterior igual caída;
Que es compasión de las naciones grandes,
De su industria y sus artes granjería;
De sus plumas ludibrio; y más que todo,
De la avara Albion desprecio y risa.

En las terribles horas que este cuadro
Mi alma perturba y mi poder agita,
Aléjase de mí toda esperanza,
Y estúpido pavor me petrifica.
Mas no creas por eso que, insensible
Y apático mi pecho desestima
Lo que en mi alivio á su amistad ardiente
El deseo del bien piadoso dicta.
Tu bondad me es preciosa: ella derrama
Bálsamo puro en mi mortal herida;
Eterna fama tu virtud corone;
Y si la edad presente sólo abriga
Delitos, sólo á la perfidia ensalza,
Y á la lealtad con insolencia humilla,
Otra sucederá que á las virtudes
La verdad inmortal haga justicia.
En ella el nombre hermoso de G....
Que hoy escondido en la memoria gira
De los que en grillos abatidos yacen,
Sea un objeto de gloriosa envidia:
El patriótico labio con deleite
Le pronuncie; la amable poesía
Le haga sonar, y su armonioso metro,
Llenando el aire de gozosos vivas,
De la belleza las sonoras lenguas
Al oído español siempre repitan.

SILVAS.

I.

AL SOL,

CON MOTIVO DE LOS DIAS DE MI BELINDA (1816).

Vuelves, ¡oh padre de la luz! el día
De mi adorada amante
En tu carro brillante,
Trayéndome otra vez: el alegría
Difunde por dequie tu rico manto,
Y al júbilo se entrega
El espacioso mundo....
No soy lo que solía;
Del horror, del quebranto
Héme deshecho, misero; y yo solo
Mis mejillas en lágrimas inundo.
A mi tu fausto resplandor me ciega,
Y en vez de saludarte enajenado,
Tu presencia, tu luz, gentil Apolo,
Maldigo despechado.
Si tu giro anual, si tu hermosura
Otro tiempo solícito esperaba,
Y ledo te cantaba
Al dulce són de mi templada lira,
¡Oh Febo! ya me ofendes;
Tu carrera apresura,
Léjos, léjos de mí tu luz retira,
Con que agravas mi mal, mi pena enciendes.
Allá tus espumantes
Caballos voladores
Dirige, donde gocen los amantes
En plena libertad de sus amores.
Ellos con inquietud tu vuelta aguardan,
Ellos tu vista con placer admiran.
Allí detén tu vuelo;
Dáles que en paz su anhelo
Y entre sus brazos la pasión halaguen;
Que renueven su amor, amor respiren,
Y que en amores ardan;
Que más y más se llaguen

Con plácidas caricias,
Y cuando al colmo de su fuego lleguen,
En un mar de delicias,
Cual tú con Clície, sin temor se aneguen.
Ellos ¡oh sol! tu gloria,
La encantadora cítara pulsando,
En himnos suavísimos levanten,
Su dulce fuego canten,
Canten de amor la espléndida victoria.
Y en tanto que horroroso,
Que bárbaro me aqueja
Mi destino, en presidio pavoroso
Mis penas aumentando,
Brillante Febo, deja
Que tu luz esquivando,
Mi pasión en tinieblas me devere,
Y mi perdido amor, perdido lloro.

II.

DE BELINDA.

PLEGARIA Á LA LUNA.

Entre los altos muros
De la breve Melilla aprisionado,
Por la mar estrechado,
Con pasos mal seguros,
De los traidores mauritanos tiros
Huyendo amedrentado,
¡Quién á Belinda llevará clemente
Los débiles suspiros
Que en tu porfía ardiente
¡Oh corazón! exhalas?
Amor, amor, que igualas
A todos en tu pira; amor, no huyas,
Si fuiste la deidad de mi deseo,
Ni de cobarde mi pasión arguyas.
Para volar á mi adorada amante
¡Ay! préstame tus alas,
O las tuyas, Perseo,
O, Dédalo, las tuyas.
Nadie me escucha; sólo
En la extensión del mar y de la tierra,
En despechada guerra
De mi constante amor favorecido,
Contra todos peleo,
Y contra mí también. El yerto polo,
Por mi amor encendido,
Amores brotará; tu dulce nombre,
Oh sin igual Belinda,
Tiempo será que al mundo
De admiración asombre;
Será que con profundo
Respeto exclame: « ¡Venturoso fuego!
¡Venturoso el mortal á quien se rinda!
«Yo soy, responderé; mi amor corona,
Arde por mí: la cautivé; cautivo
Yo de su amante corazón y ciego,
Por ella moriré, por ella vivo,
Y alegre Citea
Nuestra pasión abona.
Ella la pena mia
Suave lisonjea,
Mi compañera siendo,
Mi luz, solaz y guía.
De mi presidio horrendo,
Sin que el terror lo vede,
Me saca poderosa,
Me lleva á su mansion, y cariñosa
Gozar de sus amores me concede
En plena libertad.... » Benigna luna,
Que de apacible luz al mundo llenas,
Las sombras ahuyentando,
Y con tu rayo blando
Los vientos adormeces,
El suelo animas y la mar serenas:
Si no fuere mi súplica importuna,
Si mi afán, compasiva, favoreces,
Tú, que viéndolo estás, mi fe, mis penas
¡Ay! con un rayo de tu luz dirige
Á la querida mia,

II, Ps. XVIII.

Y á mi la dura angustia
Que su agitado corazón aflige,
Sus lágrimas y amor, hermosa Febe,
Con otro rayo de tu luz envía.
Mira mi faz descolorida y mustia,
Mira mi rostro, de llorar surcado.
Acuérdate, Latonia, cuando amabas,
Y en tu carroza leve,
En Látnos encumbrado,
Fogosa descendías,
Al tévalo pastor adormecías,
Y en tiernos besos de su amor gozabas.
Endimion, apiadado,
Conmigo, Cintia, tu favor implora.
¡Y negarte podrás?... Tu númen siento,
¡Deidad consoladora!
Que en éxtasis glorioso
Mi fatigado espíritu recrea.
¡Oh, salve! Y al momento
El rayo más lustroso,
El rayo más veloz, de mi embajada
El fiel ministro sea,
El fiel ministro que mi amor envía.
¡Ah si lo fuera yo, Belinda mia!
Serénela agitada
Y su dolor consuele....
¡Qué tardas, oh deidad? Tu rayo envía,
Y á mi prision con la respuesta vuela.

EPÍSTOLAS.

I.

CONTESTACION A LOS VERSOS DEL NÚMERO 4
DE *El Conciso* (30 DE AGOSTO).

Ann doloridas de correr mis plantas,
Y mi tosco sayal enjuto apenas
Del hábito del piélagos espumoso,
¡Quieres que torne á la apolínea arena?
¡Quieres que temple la sonora lira,
Que un tiempo allá en sus márgenes risueñas
Propicio Manzanares escuchaba,
Escuchaban los ámbitos de Hesperia,
Y que los héroes de mi patria canté?
¡Ay, apacible amigo, qué diversas
De las pasadas son aquestas horas!
La soledad callada, la serena
Concordia, la adorada mediania,
Y la amistad, de adulacion exenta,
Mi musa á los cantares excitaban,
Mi humilde musa, embebecida en ellas.
Aquel tiempo voló; sobre mi frente
La tempestad de la opresion horrenda
Rompe; avaros satélites me asaltan,
Ensangrentados sables me rodean.
«Prision», grita una voz, voz que aún ahora
En mis oídos con espanto suena.
Entré donde tu rayo rubicundo
Jamás ¡oh padre de la luz! penetra.
El continuo batir de los cerrojos,
El encono, el terror, la macilenta
Sañuda faz del sórdido *Satini* (1),
El cadalso á mi espíritu presentan.
¡El tuyo acongojado se estremece?
Aun esto es poco; en la mansion estrecha
Donde acaban terrestres esperanzas,
Nueve infelices á morir se encierran.
Yo sus cortados trémulos sollozos
Trémulo percibí. ¡Qué ruido! Llegan
Los ministros de Dios, consoladores,
Que abren del cielo las angustas puertas,
«Muerte, perdón, pequé», son los acentos
Que, unidos al crujir de las cadenas,
Por el recinto del dolor retumban,
Retumban ¡ay! y de pavor me hielan.
Parten. «El cielo vuestro esfuerzo aliente,

(1) Comisario de policía de Madrid.

Que tal vez en la aurora venidera
Con vosotros allá...» Mi llanto corre,
Corre, y la pluma á voltear se niega.
Dispóngome á morir. ¡Oh patria de héroes!
Tuyo soy, tuyo fuí; la voz postrera
Que de mis labios moribundos salga,
Tu nombre y odio á los tiranos sea.
«¡Dichoso yo, que por tu amor espiré!
¡Dichoso el que á los débiles alienta,
Viene empapado en enemiga sangre,
Torna á empaparse con furor en ella!
¡Dichoso á quien la patria, complacida,
Con laurel inmortal su sien refresca,
Hijo le llama, y en su amante gremio
Le da posar...!» Mi espíritu se eleva,
Provoco á los sayones inhumanos,
Que, alegres, el patíbulo me muestran.
Alivos gritan, su altivez humillo,
Y en mi constancia su crueldad se estrella.
Ceden por fin: *felicidad* sin tasa
Con halagüeño acento me presentan.
Me opongo, vuelven, con valor despunto
De la traición las disparadas flechas,
Preso al Retiro me arrebatan, preso
A Francia entre lucientes bayonetas,
Conduciéndome van; preso, Pamplona,
Me viste; preso, fuerte ciudadela.
El báquico Dagonlt feroz me llama,
Feroz me intima la fatal sentencia
Si con la fuga mi salud rescato.
Y ¿qué vale el vivir si se me niega
La dulce libertad, la dulce patria,
La patria de que, airados, me enajenan?
¿Pereceré? ¿qué importa, vil esclavo,
Con tal que libre y español perezca?
Por entre dos patíbulos alzados,
Que un vasto campo en derredor aterran,
De mis hermanos en la sangre tinto,
Pruebo á salir; á las voraces fieras
Disputo la guarida; las honduras
Aquí, y allá las tortuosas quiebras
Seguridad me ofrecen; trepo osado
Por montes, que en las nubes su cabeza
Esconden orgullosos; por mil giros
Salvando voy una escarpada sierra,
La venzo, sigo, y erizarse veo
De otra más ágría la espantosa cresta,
La nieve, el Aquilon desesperado,
Y Júpiter, deshecho en lluvia inmensa;
Contra mí de consuno se conjuran,
La oscuridad y las flotantes nieblas.
¿Desfallecer? Jamas: que España toda
Hierva en mi pecho y su valor me presta.
¿Quién las fatigas, los crueles riesgos
Del camino sin término, las vueltas,
El cansancio, la sed, el hambre esquivada,
El asco y desnudez contar pudiera?
Encomiéndome al mar, saludo á Gádes,
Y aquí mis ojos á la España encuentran;
Mas, privado del bien que yo gozaba,
Sin asilo ni hogar, Indibrio y presa
Del infortunio, ¿á celebrar me animas
De nuestros héroes la sagrada empresa,
Y que á Fernando, al infeliz Fernando,
Lamente en melancólicas endechas,
Incepe el deshonor de los monarcas
Que humildes giran de opresión las ruedas?
Evohe cuando Horacio repetía,
No ayuno estaba. Si mi suerte adversa
Acosara al cantor del bravo Aquiles,
De Aquiles el cantor enmudeciera,
Mi destino es llorar; canten á quienes
Honores, bienes y quietud rodean.
Ni los envidio; en la comun ruina
Viva yo oscuro, envuelto en mi pobreza;
Tiempo será que su gloriosa frente
Mi patria alzando, de laurel cubierta,
«Eres, diga, español; con mi caída
Caíste; de medrar constante huyeras.
Tuyo mi llanto fué, tuya mi suerte;
Venci, la patria con su amor te premia.»

Cádiz, 2 de Setiembre.

II.

A MI AMIGO LEON (1816) (1).

*Mellillae scripsi, doctis neque fultus amicis,
Nec libris: grata perlege mente, Leo.*

Al recibir el epistolio mio
Desde el sediento mauritano imperio,
¡Por ventura, Leon, con palpitante
Pecho, con mano trémula, con ojos
Avidos á la par que en llanto turbios,
A devorar su contenido empiezas?
No leas desde aquí sin que primero
Depongas el temor desalentado,
Y la feliz serenidad recobres.
Tu Sanchez vive: con afán heroico
Al avieso destino desafia;
Que de Caton los invencibles manes,
En torno del solícito girando,
Le prestan su vigor: en su firmeza
Fácil, riente la virtud se goza,
Y en el materno cariñoso gremio
Le da posar, adormecer sus cuitas,
Cubrir de flores la mansion del crimen,
Las pasiones romper, y libremente
Contigo conversar, estar contigo,
Con vosotros hablar, Manuel, Antonio (2),
Que con mucho sobrais la fe Tesca,
Le da su dulce poderosa musa.
Tú, con planta veloz y esquivos ojos,
El cortesano tráfigo dejando,
En la campestre soledad perdido
Buscas la grata paz, que de ambiciosos
El iluso escuadron jamas gozara,
Y jamas el tropel del ciego vulgo.
Allí la tierna flor, que su recinto
Con plena libertad enseñoera,
Y al rayo de la aurora matutina
Abre el capuz, erguida se levanta,
Y su follaje en derredor despliega,
A la campiña y rústicos vivientes
Con su color y bálsamo alegrando,
Adormece tu alada fantasía,
Llena tu pecho, tu ambicion corona,
Sagaz observador. ¡Pluguiese al cielo
Que á las flores y rosas tu fecundo
Talento perspicaz no limitaras!
Témis, escucha tus clamores, Témis
Reclámate, Leon; austera Témis,
Que al nacer te adoptara, blando abrigo
En su seno te dió; dulce alimento
En su doctrina, derramando, leda,
Por tu soplo vital su hermosa llama.
¿Podrás ingrato ser á sus favores,
Indócil á su voz, infiel, perjuro
A tus ofertas? ¡Débil retrocedes,
Te apartas con desprecio de tu carrera,
Y tu alto nombre, tu saber profundo
Entre la vil oscuridad escondes?
Yerras, Leon, si por ventura juzgas
Que sólo para tí nacido fuiste.
Y ¿posible será que ya olvidaste
Quién eres, dónde estás, qué puesto llenas,
A los demas qué vinculos te ligan?
Y este de patria regalado nombre,
Que tan heroicas victimas produjo,
¿Nombre vano será, será delirio
A tu imaginación? No, no es posible.
Antes, cual siempre, con valor resuelto
A darte en holocausto...» ¡Por ventura
Denodado volar en su defensa
No te miré, y al perdido contrario,
Intrépido león, abalanzarte?
¡Dulces recuerdos que mi faz ahora
En deliciosas lágrimas inundan,
Y el dón supremo de amistad afirman!
Mas, por dicha, la patria rescatada,
No terminaron, no, tus relaciones.
A la patria te debes, entre tanto

(1) Escribí esta composición al entrar en Melilla. (Nota del Autor.)
(2) En el autógrafo hay aquí una nota marginal que dice: *Tomas*
sa, Prietos, etc.

Que de vida el espíritu sustentas,
¡Por qué, pues, en los campos vagaroso
A tí solo te das, cual si del orbe
Fueras aislado ser, ó solitario
Por sus extensos ámbitos erraras?
¡Por qué de Témis el altar dejaste,
Negado al pro común? Y ¿qué disculpa
Alegarás que tu sentir abone?
¡Acaso que los crímenes tu pecho,
A joviales escenas ayezado,
Hinchen de negro horror, y le estremecen
Al pronunciar patíbulos y sangre?
«No es mio oír el desolado grito
De la viuda infeliz, el abandono
Del parvulito huérfano...» ¡Y es tuyo
Dejar impuñe el crimen! ¡Y por eso,
Canto, la madre sociedad rehuyes
Y sustraerte á su poder intentas,
La independiente libertad ansiando,
Cual ave entre los hierros estrechada?
Doy que la toga salpicada en sangre
Horrorizado y trémulo abandones;
Empero si cumplir cual ciudadano,
Si cual hombre de bien apetecieres,
Por otras vías á la patria sirve:
Que mientras su individuo te publicas,
Mientras su angusta protección poseas,
Della dependes y servirla debes.
¡No es lástima otrosí que tu talento
En indolencia mohecido yazga?
¿Y que huyendo los crímenes atroces
Que en la confusa población se anidan,
En otro crimen ¡oh Leon! resbales?
Y criminal te llamo, si á la patria
Con tus oficios fiel no correspondes,
Cual ella á tí. Qué pródiga natura
El mutuo amor del animal sublime
En su honda mente decretado habiendo,
«Pláceme, dijo, que ninguno pueda
A sí propio bastarse: mis presentes
Entre todos munifica reparto.
Lo que unos necesitan, de los otros
Recauden; unos de los otros pendan,
Con oficios oficios compensando,
Y en suma, cambio sen, cambio todo,
Y en él encuentre su ventura el hombre.»
Y grandiosa nació la patria entonces,
Y fué la sociedad: y los mortales,
De la crüel necesidad sintiendo
El punzante aguijon, de producirse
El delicioso estímulo, del alma
El benévolo impulso, la suave
Comnoción filantrópica, que sólo
A sus ignales van y allí reposan...
Con atracción recíproca se unieron,
Y poblaciones por doquier alzaron
En que el cuerpo social se subdivide.
¿Y la gran sociedad? En ella miro
La cosa comunal y *compañía*,
Donde todos los hombres contribuyen
Con industria, con brazos, con ingenio
Y cada cual á proporción recibe
De lo que allí depositó. ¡Recibe
Y no depositó? Ladrón usurpa
De los contribuyentes la sustancia,
Cual zánganos la miel de las abejas;
Y así como por éstas son aquéllos
Con implacable cólera lanzados
De su *comunidad*; no de otra guisa
Lanzados deben ser y perseguidos
Los que de haber ajeno se mantienen,
Y las costumbres, haraganes, vician.
Contra los vagos mi sermón termino.
¿Quién me diera, Leon, que tus virtudes,
Aplicación y luces emuláran
Cuantos el nombre de español se arrogan,
Y son la triste perdición?... Entonces
¡Veces mil venturosa patria mia!
En aquesta mansion de criminales
Que al bárbaro destino darne pliego,
No sin grave dolor al vago veo
Salir áun mucho más de como entrara.

Cual torrente salir enriquecido
Con el nuevo caudal de las lecciones
Que de sus camaradas recibiera.
¿Qué remedio, dirás, á mal tamaño,
Cuando la educación yaz olvidada?
Aquesta ley, legislador, daría:
«El vago con oficio á sus labores
Por la justicia compelido sea,
Y responsable su conducta cele.
Depórtese á presidio non le habiendo
(Porque á la sociedad no pertenece),
Y so pena mayor en un oficio
Allí se adiestre: á libertad non salga
Hasta que pruebas de arreglada vida,
Aplicación y habilidad presente.»
Adios: el cielo tu vivir prolongue
Para ornamento de la patria mia,
Y librete piadoso de Melillas.

*Vire, vale: siquid novisti rectius istis,
Candidus imperti; si non, his utere mecum.*
(HORAT.)

III.

A OVIDIO.

Segun el argumento,
Procede, variándose mi estilo,
Como procede el mar, segun el viento:
Una vez deslizando tranquilo,
Otra vez revolviéndose violento.

A vos, poeta célebre latino,
rublio Ovidio Nason, otro poeta
De solar español, salud envía.
Si bien á entrambos con desnuda espada
La negra suerte sin cesar acosa;
Pero no dudes, inferior la tuya
Es, cuanto al mio superior tu ingenio.
Tú desde Roma deportado fuiste
Allá donde la cóliquida Medea
Los delicados fraternales miembros
Apedazó crüel. Allí tus cuitas
En fallientes élegos (1) llorando,
Así cual flagelado parvulito,
Sándio robaste las nocturnas horas
Al sueño y al placer: tu cantinela,
Hiperion ó por Oriente asome,
O brille alzado en la celeste cumbre,
O sus caballos en la mar esconda,
Escucha sin querer, lloron de Tomo (2),
Siempre la misma; y ¿cuál de tus amigos
Imploras el favor! á *misereres*
Rompes, y á *parces*, la mollera angusta,
Y, encargador, á tu mujer fastidias.
Te compadecen unos, otros rien,
Otros exclaman, ¡oh collon! bien hecho;
Y tus jermiadas importunas
A náuseas me provocan. Por tu vida,
¿Qué conseguistes, narigudo vate?
Desprecio general. ¿No aciertas cómo,
Siendo feliz transformador de tantas,
Nunca tu suerte transformador pudiste?
Yo sí; porque ser hombre no supiste.
Y ya si con el término forzoso
De tu vivir en la callada tumba
Tus sollozos y lágrimas cayeran,
¡Oh pléyade (3) Nason! al fin diría:
Como sombra pasaron, solamente
A sus contemporáneos corrompiendo.
Mas esto de llegar á nuestros padres,

(1) SANCHEZ BARBERO quiere expresar sin duda con esta palabra
élegos la voz griega *Ελεγος*, que significa *lamentacion*. (Nota del Co-
lector.)

(2) Tomo, ciudad del Ponto Euxino, dicha así porque en aquel
lugar despedazó Medea á su hermano Absinto.

*Inde Tomus dictus locus hic, quia fertur in illo
Membra soror fratris consecuisse sui.*

TRIST., lib. III, eleg. IX.

Tomo, del griego *τομω*, cortar, dividir; de aquí *atomus*, áto-
mo indivisible.

(3) *Lloron*, véase la fábula de las Pléyades ó Vergilias.